

Bernardo debió esta frondosa rama del árbol benedictino extenderse de mar á mar, en mas de 1800 monasterios de religiosos, y 1400 de religiosas, y que cada uno fuera un seminario de santidad y de sabiduría. Pero no, no permite el tiempo explayarme en el inmenso hermoso campo Cisterciense: fuerza es ya, y basta recoger la vista al monasterio de Claraval, para ver salir de sus claustros innumerables monges á ser lumbreras resplandecientes de la Iglesia. Quince obispos y arzobispos, quatro cardenales, y un pontífice sumo en vida de Bernardo, y á un mismo tiempo daban leyes á toda la christiandad. Y despues de su muerte han sido siempre aquel monasterio, y sus ochocientos hijos minerales fecundos, que á los benévolos rayos de Bernardo han producido varones esclarecidos, que como piedras preciosas formaran su mas insigne corona, si de las hojas de sus libros no pudiera texerse otra igualmente lucida. *Spiritu laureatus*, diré con san Ambrosio, *scriptis coronetur suis*. Corónense, pues, sus sienes con duplicadas coronas. Sean sus hijos con la imitacion de sus virtudes el gozo de su amado padre, y el retrato mas perfecto de tan gran héroe. Sean sus escritos el mas auténtico testimonio de su mérito, y el maestro y director seguro de nuestras almas.

25 En ellos, señores, se ven los pasos que dió Bernardo, siguiendo á Jesu-Christo; y se admiran los aciertos de su juicio. No siguió á Christo por las torcidas sendas del mundo: no juzgó á los hombres con leyes del siglo. Fué para todos un juez recto y justo sin impiedad; solo fué para consigo demasadamente severo. Se conoce que en su tribunal no hubo acepcion de personas: con la misma entereza y acrimonia reprehende en sus cartas á los reyes que á los vasallos, á los ricos que á los pobres, y les da á entender, que es uno solo el Evangelio de los christianos, uno el camino de los cielos. ¡O quan engañados viven aquellos, que se valen de los privilegios de la nobleza, de la dignidad, ó del

del sexò, para ser atendidos en el tribunal de la conciencia! Que buscan en los jueces ó confesores, una infiel contemplacion, una engañosa benignidad! Por eso se repiten sin enmienda las confesiones, se confiesan hoy, para pecar mañana, se hacen increíbles los arrepentimientos, é inevitables los sacrilegios. Es incompatible el verdadero dolor de los pecados con la continua voluntaria costumbre de pecar. Quedarán sin duda condenados en el tribunal de Dios, por mas que en el de sus ministros se oygan ó se imaginen absueltos. Bernardo será el que pronunciará la terrible sentencia: será entónces inútil su patrocinio: ahora si que puede aprovecharnos, si seguimos sus consejos. Si aborrecemos el pecado, si huimos las ocasiones, si por el camino de la penitencia buscamos con un corazon humilde á Jesu-Christo, merecerémos oír de la boca de san Bernardo la sentencia de la eterna felicidad, que os deseo.

## SERMON XXXIII.

## DE SAN AGUSTIN. (\*)

*Qui fecerit & docuerit magnus vocabitur in regno Cælorum.* Math. c. IX.

1 La vanidad y la ignorancia &c. como los números 1 y 2 del sermon XXXI.

3 No venereis, señores, en el Gran Padre y Doctor de la Iglesia san Agustin, que en este dia se propone

(\*) Predicado en la Iglesia del convento de san Christóval en el dia del Santo, año de 1743.

ne á vuestra veneracion, no veneréis digo, la gallardía de su cuerpo, la generosidad de su ánimo, ni la perspicacia de su entendimiento. Venerad el mérito con que dócil á la gracia de Jesu-Christo consagró en su obsequio el cuerpo, el ánimo y el entendimiento. Con la penitencia hizo el cuerpo esclavo del Señor: con la humildad abatió el ánimo á los pies del Crucificado; y con la mas christiana prudencia empleó las luces de su entendimiento en ilustrar las verdades del Evangelio de Jesu-Christo. Con esto, á mas de haber conseguido el solemne sagrado culto que tributa la piedad á su memoria, se ha grangeado el excelente culto de la alabanza, que es el mas auténtico testimonio de su virtud heróyca.

Porque ¿no sabeis, señores, que no ha habido en la Iglesia católica sabio que no se haya esmerado en el elogio de san Agustin? ¿No le llama san Gerónimo columna de la antigua fe? ¿San Próspero ingenio de los sagrados concilios? ¿San Víctor río de eloqüencia, gloria de los sacerdotes, maestro de los doctores, refugio de los pobres, abogado de las viudas, tutor de los huérfanos, luz del mundo? San Posidio no le publica imagen de la Divinidad, abismo de sabiduría, padre de los padres, igual á los ángeles en el fervor, á los Profetas en la revelacion de los misterios, á los Apóstoles en la predicacion de la verdad, y á los mártires en el deseo de padecer? San Gregorio no le contempla tan poseido del Espíritu de Dios, que le aclama su ara, su sacrificio, su sacerdote y su templo? ¿Y que no dixéron de nuestro Santo san Isidoro, san Ildefonso, san Agaton, san Celestino, los Pontífices sumos, los sagrados concilios? No hay católico, decia el máximo Gerónimo, que no aplauda á san Agustin, así como no hay herege que no le abomine; pero ha llegado á tal punto su crédito y su gloria, que segun declara Pio II. ni crece con la alabanza, ni se disminuye con el vituperio: *Nullius laudibus crescit, nullius vituperatione minuitur.*

4 Mas ¿paraque me canso en llevaros corriendo las obras de los mas sabios Padres de la Iglesia, paraque veais esparcidos en ellas los elogios de san Agustin, si podeis verlos epilogados, fixando la vista en un compendio, en la suma teológica de su mas fiel discípulo, y mi Angélico maestro santo Tomas? Apénas hay en ella artículo que no sea un panegírico suyo: pues en casi todos resuelve santo Tomas la duda, que propone, con el testimonio de san Agustin que alega; á cuya autoridad defiere tanto; que despues de haberse objetado en el artículo sexto de la cuestión 71 de la *Prima secundæ* cinco fuertes argumentos contra aquella su célebre difinicion del pecado: *Dictum, factum vel concupitum &c.* concluye diciendo, que para prueba de que es buena basta que sea de san Agustin: *In contrarium sufficit auctoritas Augustini.* Y este modo de explicarse, señores, estás palabras bastan á enternecerme y á confundirme, contemplando en ellas la profunda veneracion del sol de la Iglesia Tomas al otro sol de la misma Iglesia Agustin. Y bastan tambien á haceros formar el mas alto concepto del mérito y de la gloria de san Agustin. Yo reconozco y confieso que nada puedo decir que redunde en alabanza de nuestro Santo, á quien Alexandro VII. en su breve á la Universidad de Lovayna declaró superior á toda alabanza: *Omnem laudem et gloriam supergressus.* Me daré pues por muy feliz, si logro, refiriéndoos algunas de sus virtudes, inspiraros el mas vivo deseo de imitarlas. Esta gracia os pido, Dios mio, por intercesion de vuestra santa Madre María señora nuestra, diciéndole con el ángel. *AVE MARIA.*

5 Conocer la verdad y no enseñarla, ó es sobra de pereza, ó falta de caridad: así como enseñar la virtud, y no practicarla es vanidad propia de filósofos

gentiles. Pero conocer la verdad y enseñarla, enseñar la virtud y practicarla es lo sumo de la perfeccion christiana, y es lo que proporcionó á los apóstoles, para que establecieran en el mundo la Religion que profesamos. Enterados de la infalibilidad de nuestra fe, predicaron sus misterios con aquel zelo y confianza, que trae consigo el conocimiento de ser verdad lo que se dice. Penetrados del respeto á la santidad de nuestra ley, ponian en práctica sus preceptos, ántes de exhortar á su observancia, logrando de esta suerte que los demas creyeran lo que les decian, obedecieran lo que les mandaban. Con razon pues, los llama la Magestad de Christo en el Evangelio luz del mundo, y con justicia les promete la grandeza en su reyno en premio de lo que enseñaron é hicieron: *Qui fecerit & docuerit magnus &c.* Pues esta misma grandeza, oyentes míos, que promete Jesu-Christo á los apóstoles, concedió á san Agustin, que digno sucesor suyo en el ministerio enseñó é hizo lo mismo que los apóstoles. Conoció la verdad y la enseñó. Enseñó la virtud y la practicó. Uno y otro intento haceros ver en las dos partes de mi oracion, para que venereis á nuestro Santo grande de primera clase en el reyno de los cielos.

Primera Parte.

6 **E**ntre los muchos favores que dispensa Dios á los que quiere hacer felices, numera el sagrado autor del libro del Eclesiástico el de tener un alma naturalmente buena, cuyo entendimiento, aun despues del pecado de nuestro primer Padre, á pesar de las sombras de la ignorancia que le obscurecen, discierne lo verdadero de lo falso: cuya voluntad, á pesar de las rebeldias del apetito, ama lo bueno y aborrece lo malo. *Sortitus est animam bonam.* Y quando no lo dixera

un

un testigo tan infalible, bastaria á convencerlo la experiencia en el gran Padre de la Iglesia san Agustin, á quien el Señor dió un entendimiento ilustrado, perspicaz, universal. No habia cosa tan sublime en las ciencias humanas que con su ingenio no la alcanzara, cosa alguna tan obscura que no penetrara con su viveza, cosa alguna tan intrincada que no desenvolviera con su discernimiento. Maestro al mismo tiempo y discípulo, leyendo y meditando, comprehendió lo mas sutil, que pensaron los filósofos, no tanto para enseñanza, como para tormento de los hombres. Sin que necesitara su curiosidad de tiempo ni de fatiga para satisfacerse: parece que mas le faltaban ciencias á su entendimiento, que no entendimiento para las ciencias.

7 Pues su voluntad, oyentes míos, no fué ménos excelente que su entendimiento. Naturalmente exácto en el cumplimiento de su obligacion, justo en sus juicios, fiel en sus amistades, piadoso con los infelices, liberal, oficioso con todos, desde sus primeros años hizo ver que su entendimiento era nacido para conocer la verdad, y su voluntad para amarla: hizo ver que le cupo en suerte un alma buena: *Sortitus est animam bonam.* Vos lo quisisteis, Dios mio, Vos que teneis en vuestra mano las suertes de los hombres, y que por caminos desconocidos los llevais al término que les señaló vuestra providencia. Vos quisisteis que poseyera las ciencias mundanas, de que habia de hacer el mas santo uso. Vos quisisteis que en esos jardines extrangeros cogiera flores, con que habia de entreteceros la mas hermosa corona. Vos quisisteis, que se enriqueciera con los despojos de Egipto, que sabiais habia de consagrar para adorno de vuestro tabernáculo. Pero Vos mismo, Señor, permitisteis, ó por humillar la soberbia de su ingenio, ó por hacerle sentir la corrupcion de su naturaleza, y la necesidad que tenia de la gracia de Jesu-Christo, que habia de defender con tanto esfuerzo: permitisteis, digo, que cayese en todos

R2

aque-

aquellos desórdenes, que causan el error en el entendimiento, y las pasiones en la voluntad.

8 Hinchado con las ciencias humanas, lleno de soberbia, comenzó á disgustarse de las humildes sencillas expresiones de la Escritura. Todavía no eran sus ojos bastantemente lince para descubrir aquellas verdades misteriosas y ocultas baxo del velo de las figuras. Y por otra parte su vanidad, ó su depravado gusto, le hacia encontrar en los escritos de los filósofos un cierto esplendor que le deslumbraba, y le hacia parecer insípida la leccion de los sagrados libros. Así despreciando las puras fuentes de la verdad, por un justo juicio de Dios, se precipitó en los abismos de la mentira. Aquel que no podia sujetarse á la regular doctrina de Jesu-Christo, se sujetó á los extravagantes impios errores de Mánes. Creyó como él, que habia dos principios eternos, el uno del bien, y el otro del mal, que eran como dos contrarias divinidades que mutuamente se combatian. Creyó que habia en el hombre dos almas, la una que le llevaba hácia lo justo, la otra que le determinaba á lo iniquo. Negó la fe á los profetas, y el uso al libre alvedrío, persuadido que una funesta necesidad arrebatava la voluntad al amor ó al odio. Por enorme que fuese el pecado que cometia se juzgaba ménos feliz, pero no ménos inocente, pensando que una de sus almas estaba íntimamente unida con el bien, mientras la otra por la fatalidad de su destino obrava mal. „ Creia yo, dice el mismo hablando con Dios, ya arrepentido, creia no ser yo el que pecaba, „ sino que era una naturaleza extranjera la que pecaba „ en mí. Infiel, soberbio me complacia, juzgándome in- „ culpable. Os ofendia, Señor, sin implorar vuestra mi- „ sericordia, y buscando justificarme á mí conmigo mis- „ mo, echando toda la culpa sobre no sé que principio „ distinto de mí, yo propio era la causa de mi cegü- „ dad, y era tanto mas incurable mi pecado, quanto „ ménos yo me imaginaba pecador.

9 No podian ser, señores, mas espesas ni mas malignas las tinieblas que obscurecian el entendimiento de Agustín, ni tampoco podian ser mas violentas las pasiones que agitaban su voluntad. ¡Que desordenados sus deseos, que perversas sus inclinaciones, que torpes sus complacencias! ¡Quantos años estuvo dormido ó muerto en los brazos de la lascivia, insensible á las lágrimas de su madre afligida, inflexible á los ruegos de sus amigos, sin querer despertar con la amargura que hallaba en los dulces apetecidos deleytes del sentido! Mas no deis, señores, por desesperada su conversion: porque todavía, aunque por errados caminos, busca la verdad, y desea llegar á la posesion del sumo bien: señas bastantes de que no le ha abandonado la divina piedad. En esa lóbrega noche ¿no estais viendo algunas ténues llamas de aquel fuego, que abrasando su alma, ha de alumbrar la Iglesia? ¿No estais viendo en Agustín pecador un Agustín predestinado? ¿No son claras señas de predestinacion aquellos, aunque inútiles, esfuerzos que hace por disipar las sombras? ¿Aquellos, aunque ineficaces, deseos que tiene de mudar de vida? ¿Aquellos disgustos que le retiran á la soledad? ¿Aquellas suspensiones que le enagenan? ¿Aquellos remordimientos que le perturban? ¿No veis como sintiendo dentro de sí mismo la cruda guerra que se hacen la carne y el espíritu, y que aquella lleva la ventaja sobre este, levanta los ojos al cielo para implorar el socorro, que finalmente consigue?

10 Me parece estoy oyendo aquella voz divina, que con imperio le dice: *tolle, lege*. Toma ese libro, y lee. Parece que estoy viendo como con mano trémula abre aquel volúmen, en cuyas hojas encuentra el desengaño. Se me representa leyendo en la carta que escribió san Pablo á los Romanos la obligacion que tiene de vestirse de Jesu-Christo, y desnudarse de las pasiones. Se me propone baxo de aquel árbol llorando amargamente sus culpas. ¡Que mudanza! Sosiéganse las inquietudes,

desvanécense las dudas, purifícase su razón, se establece su fe; y con la lección que toma del más sabio de los apóstoles sale el más sabio de los padres de la Iglesia. No os acordeis, os ruego señores, de Agustín pecador, de quien os he hablado hasta ahora. Este de quien he de hablaros, es un hombre nuevo, tan elevado de la gracia, quanto estuvo abatido de la culpa: semejante á aquella agua, que después de haber caído por conductos subterráneos hasta lo más profundo del valle, brota, resalta hácia el cielo, sube tan alto, como había baxado. Este es un hombre que recibe las más puras impresiones de la eterna sabiduría: un hombre á quien el Espíritu Santo, que vino al mundo á enseñar la verdad, se la ha enseñado toda, para que la enseñe á todos: un hombre que merece de justicia el renombre de sol de la Iglesia; porque así como las luces que en los tres primeros días de la creación del mundo estuvieron vagas por la región del ayre, al quarto se fixaron en el globo del sol, para que distinguieran el día de la noche: así también las sagradas luces que en los tres primeros siglos de la Iglesia estuvieron esparcidas entre sus doctores al quarto se unieron en san Agustín, para que ilustrara los misterios de nuestra fe, y acabara con todas las heregías.

11 Y en cumplimiento del destino que le dió la divina providencia, ¿no fué san Agustín quien aclaró los misterios más obstrusos, y explicó los lugares más difíciles de la Escritura? ¿No fué quien descubrió los defectos de las costumbres y de la doctrina de los Maniqueos, pudiéndose decir que solamente entró en su profano templo, para poder mejor derribar su ídolo? ¿No fué quien dió el último mortal golpe á la secta de los Arianos, que como hidra renacia, después de haberla herido tantas veces los Atanasios y los Hilarios? ¿No fué quien con la pluma, y con el sudor de su rostro, á peligro de perder la vida, soldó el cisma ó la quiebra que causaba en la iglesia de Africa el furor de los

los Donatistas? ¿No fué quien se opuso, y detuvo el ímpetu de los Pelagianos? Este suceso, el más glorioso para san Agustín, merece especial atención. Oid.

12 Salió en aquel tiempo de la isla de Inglaterra Pelagio, hombre vano y presuntuoso, inconstante en la fe, ingrato á la gracia de Jesu-Christo, y muy zeloso de su libertad, capaz por su cortedad de caer en el error, y capaz por su orgullo y astucia de sostenerle. Con el hábito de monge, con la apariencia de austero, con el crédito de santo se grangeó la estimación de todos, y pudo mejor persuadir á muchos que no había pecado original, que la culpa de Adán no inficionó la naturaleza humana, que el hombre tenía en sí mismo fuerzas bastantes para obrar bien, que no necesitaba para ello de la divina gracia, ó que podía merecerla por sí mismo. Hablaba muy á gusto de los filósofos gentiles, lisongeaba la vanidad y el amor propio de los hombres; y como por otra parte lo decia con gran arte y disimulo, muy pocos advirtieron la perniciosa falsedad de su doctrina, hasta que los obispos de Africa zelosos y vigilantes la conocieron. Juntanse en concilio, y por inspiración del cielo encargan á san Agustín que combata á favor de la gracia de Jesu-Christo, y que libere á Israel de los insultos de aquel orgulloso Gigante que le bravea.

13 En fin qual otro David sale nuestro Santo á campaña. Escribe, disputa, acomete, defiende, pregunta, responde, vence al error, y hace triunfar á la verdad. Oponer á todas las delicadezas de la razón, á todas las sutilezas de la filosofía, á todos los artificios de la oratoria, á todos los atractivos de la vanidad, á todas las inclinaciones de la naturaleza, oponer digo, un entendimiento elevado, una razón pura, un ingenio feliz, una elocuencia fuerte, una humildad profunda, una gracia grande. Con admiración, y con respeto le escucha toda la Iglesia. Gerónimo en la Palestina, cargado de años, de trabajos y de trofeos, arrima la pluma,

ma, y no dice otra cosa, sino que nada le queda que decir despues de lo que ha dicho Agustino en un asunto el mas arcano y el mas inefable. Porque ¿no es insuperable la dificultad que se encuentra en componer la eficacia de la gracia de Jesu-Christo con la libertad de la voluntad del hombre? ¿En dar á la gracia una fuerza invencible que no sea violencia, y á la voluntad un consentimiento que no sea necesidad? ¿En ajustar los derechos del cielo y de la tierra, dando á Dios lo que es de Dios, sin quitar al hombre lo que Dios le ha concedido? San Pablo confesó la dificultad, prorrumpiendo en aquella exclamacion tan repetida: *O altitudo divitiarum sapientiae, & scientiae Dei!* Pero si alguno puede descubrir las preciosidades de ese tesoro de la sabiduría, sondar la profundidad de ese abismo, ha de ser nuestro Gran Santo, no con las fuerzas de su ingenio, sino con los socorros de la misma gracia de Dios, que le elige, paraque enseñe la verdad despues de haberla conocido: asi como tambien le asiste, paraque enseñe la virtud despues de haberla practicado.

Segunda parte.

14 **R**econozco, señores, que tiene demasiada extension la idea que me propuse de manifestaros en la segunda parte de mi oracion, que san Agustino enseñó la virtud y la practicó. Porque ¿quanto tiempo fuera menester para recoger de entre sus obras las máximas de la Teología moral que encierran? Solamente de las cartas que escribió en respuesta de las consultas, que le hicieron los varones mas sabios y mas santos de su siglo, puede formarse una Suma perfecta. ¿Quanto tiempo fuera menester para ponderar las razones con que nos persuade que aborrezcamos el vicio y amemos la virtud? Solamente sus homilias bastan para predicar muchos

chos años. ¿Quanto tiempo fuera menester para referiros la excelencia de sus virtudes, de su prudencia, de su fortaleza, de su misericordia, de su zelo y de su ardiente caridad? Mas en breve, y mas fácilmente pudiera dar la vuelta á todo el orbe, y descubrir toda la plata, el oro y los diamantes que oculta en sus senos la tierra, que no manifestaros los preciosos dones de que estuvo enriquecida el alma de Agustino.

15 Habré pues de reducir el asunto á hablaros solamente de su humildad. Pero confio que, si logro haceros ver su excelencia, habeis de aclamarle perfecto en todas las virtudes, grande de primera clase en el reyno de los cielos. Porque el mismo san Agustín enseña que la humildad es toda la perfeccion ó disciplina christiana: *Humilitas pene tota disciplina christiana est* <sup>1</sup>. Tambien enseña que la humildad es el fundamento de todas las virtudes, sobre el qual estriba la mas excelsa fábrica de la santidad: *Si vis magnam fabricam construere celsitudinis, de fundamento prius cogita humilitatis* <sup>2</sup>. El mismo señala en el libro que escribió contra Pitiliano la gran diferencia que hay entre Dios, y los monarcas de la tierra, en que estos favorecen á los que mas se elevan, y se acercan á su trono, quando Dios al contrario exalta y dispensa sus gracias á los que mas se abaten á vista de su soberanía. ¿Quanto encarga á aquellas sagradas vírgenes, que estaban á su cuidado, el que sean humildes paraque sean perfectas? Vosotras, señoras, hijas legítimas de tan illustre padre, vosotras lo sabeis mejor que yo. Vosotras habeis leído con particular reflexion y aprovechamiento en el primer capítulo de su regla, que no debeis levantar la cerviz, viéndoos iguales en el monasterio á las que mirabais en el siglo superiores: que no debeis acordaros de las prerogativas que gozabais por la calidad ó por las riquezas de vuestros padres: que no debeis engreiros

Tom. II.

S

ros

<sup>1</sup> Lib. de Virg. c. 31. <sup>2</sup> Ser. 10. de Ver. Dom.

ros del bien que haceis á la comunidad ó á vuestras hermanas. ¿ De que os sirviera el haber renunciado el dominio de la hacienda, si solo el uso os ensoberbece? Cuidado, dice, que la vanidad acecha las buenas obras, para perderlas. Vivid unánimes, y con un mismo espíritu honrad á Dios, cuyos templos sois. Felices vosotras que teneis en vuestro preexcelso patriarca un maestro, de quien podeis aprender humildad, y un exemplar á quien podeis imitar en la humildad.

16 Porque quien así habla como Agustino, decia nuestro santísimo prelado santo Tomas de Villanueva, ¿ puede vivir de otra suerte que Agustín? ¿ Quien así habla, quiero decir de la humildad, puede dexar de ser el mas humilde? Conoce san Agustín á Dios, se conoce á sí mismo, quanto uno y otro pueden conocerse, y por consiguiente se humilla en quanto puede humillarse. A veces penetrado del mas alto concepto de las divinas perfecciones, como que se sale fuera de sí mismo, y levantándose sobre todas las criaturas, va á perderse en el seno de su criador, y exclama: *Eterna verdad, por Vos suspiro. Vos sois mi Dios: y yo, y todo lo que no es Vos, es nada.* A veces penetrado del mas baxo concepto de sí mismo, como que se encierra dentro de su propio corazon, desde donde contemplando á su Dios hecho hombre semejante á sí mismo, exclama: *Quando os veo, Señor, vestido de mi miseria, para remedio de ella, no puedo bastantemente confundirme, no puedo bastantemente amaros.* Adora san Agustín lo que conoce, ama lo que adora, y se aniquila en presencia del objeto de su adoracion y de su amor.

17 Así, señores, pertrechado con el conocimiento de Dios y de sí propio, no pueden desvanecerle las mayores honras, ni dignidades. ¿ Quanto se resistió á admitir la del sacerdocio? Y despues de ordenado sacerdote, ¿ como publicaba su insuficiencia, como se lamentaba de su desgracia, temeroso de que aquella elevacion, á su juicio no merecida, fuese causa de su precipi-

cio?

cio? ¡ Ay de mí! ¿ Quanto ruega al santo obispo Valerio que no piense elegirle sucesor suyo en el obispado? Y despues de haberle á su pesar elegido ¿ como se porta? Gobierna la Iglesia por servirla, no por dominarla. Predica, escribe por ganar almas para el cielo, no por ganarse aplausos en el mundo. Responde consultado, como discípulo que duda, no como maestro que decide. En sus controversias con los hereges ataca sus errores, no sus personas, sufre con paciencia sus injurias, y honra con magnanimidad á los que le injurian. En todas sus acciones y palabras resplandece la mas excelente humildad: hasta por su sabiduría se humilla.

18 Pues ciertamente, señores, las voces que aclaman á un hombre sabio son el ayre mas sutil y mas delicado, y el que mas fácilmente se introduce por los oídos, llega al corazon, y le hincha, segun declaró S. Pablo: *Scientia inflat.* Porque, aunque en sentir del Apóstol, nada de lo que el hombre tiene de bueno puede llamarse suyo, ni darle motivo para que se glorie: *Si accepisti, ¿ quid gloriaris quasi non acceperis?* con todo la sabiduria puede mirarse como mas propia del sabio, que los demas bienes de la naturaleza y de la fortuna, en los cuales el hombre no tiene la eleccion, el trabajo, y el mérito que tiene en adquirir la sabiduría. Por eso, si nos gobernáramos por las máximas de la filosofia, y no del Evangelio, fuera ménos culpable la vanidad en los sabios, que en los mas ricos, nobles y poderosos del mundo. Y por lo mismo siendo san Agustín el mas sabio, está mas expuesto que todos á desvanecerse, y el no haberse desvanecido es lo que mas acredita su humildad.

19 Quiso nuestro Santo que su sabiduría, ó su pluma abriera las zanjias de su humildad, escribiendo aquellos dos libros de las confesiones, y de las retractaciones, que son los monumentos mas perenes, los exemplares mas inimitables de su humildad. Porque hasta ahora entre los christianos, especialmente constituidos

S2

en

en dignidad, ¿ha habido alguno que haya hecho públicos todos los pecados que ha cometido en el discurso de su vida, todas sus palabras, todas sus obras, y hasta sus mas impuros pensamientos? A un confesor tienen muchos vergüenza de manifestarlos. ¿Ha habido algun sabio que se haya puesto de propósito á probar la falsedad de sus opiniones? El ménos soberbio, si no las defiende, las disimula ó las disculpa. Solamente la humildad de un san Agustín venciendo los insuperables estorbos del amor propio, pudo obligarle á retratar sus errores, diciendo ingenua y públicamente: *me engañé, no supe, ignoré*. Solamente su humildad, nada tímida, nada circumspecta, pudo alentarle á confesar sus mas enormes ocultos delitos. ¿Con que energía pondera en el libro de las retractaciones las espesas tinieblas de la ignorancia que obscurecieron su entendimiento? ¿Con que exáctitud describe en el libro de las confesiones los desordenados deseos del deleyte, que depravaron su voluntad? Al modo que la soberbia de los hombres esculpe en mármoles y bronces las pomposas hazañas de su vida, para darles la duracion que tienen las piedras y los metales: así tambien la humildad ingeniosa de san Agustín encuentra el secreto de escribir los desórdenes de su vida, para llorarlos de algun modo despues de su muerte, para eternizar su penitencia, para confundir la soberbia, para elevar hasta lo sumo la propia gloria que intenta deprimir.

20 ¿Hasta donde, Santo mio, profundizais los cimientos del excelso edificio de vuestra perfeccion? Mi vista no descubre su término en la tierra, y sube á buscar en el cielo la medida de la magnitud que gozais, con muy poca esperanza de encontrarla. ¿Acaso será la medida del grande Agustino la de aquel ángel, que vió san Juan en el Apocalipsis? *Mensura hominis quæ est Angeli*: ó será la medida con que se midió el mas soberbio de los ángeles, pues fué el mas humilde de los hom-

<sup>1</sup> Apoc. c. xxi. v. 17..

hombres? Si no son justas estas medidas, diré que es tan inmensa en el cielo su gloria, como lo fué su humildad en la tierra, y que para cumplimiento accidental de aquella solo le falta, oyentes míos, el que le imiteis en esta. ¿No os preciais de devotos suyos? Pues tened vergüenza, os dice nuestro Santo, de venerar las virtudes que no quereis imitar. No dexemos á las hijas de este insigne patriarca entera la herencia de sus merecimientos. Miéntras fieles á su vocacion, observantes de su instituto, separadas del comercio del siglo, allá en la soledad de su corazon humilde y piadoso procuran formarse imágenes perfectas de su padre, ¿hemos de ser ociosos admiradores de su empresa? No. Dexándolas con la dicha de hijas de tan ilustre padre, procuremos imitar sus virtudes; y tomando su consejo, desconfiados de nuestras fuerzas, imploremos los socorros de la gracia de Jesu-Christo. Vos, Señor, que por vuestra bondad quisisteis sacar á nuestro Santo de entre las tinieblas del error y de la culpa, alumbrando su entendimiento, é inflamando su voluntad: comunicadnos alguna porcion de aquellas luces y de aquellas llamas, paraque conozcamos nuestra miseria, y humildes y arrepentidos digamos de lo íntimo del corazon, que nos pesa de haber pecado. Péсанos, Dulcísimo Jesus, de haberos ofendido. Tened misericordia de nosotros. Renuévese en nuestra justificacion el prodigio que admiró la Iglesia en san Agustín &c.